

VIDA AGUILLEÑA

Año V.	SUSCRIPCIÓN	REVISTA DECENAL	REDACCIÓN	N.º 99
	En Aguilas, un mes... 0,30 Ptas. Fuera, trimestre... 1'00 »	Aguilas 1.º Enero 1917	Y ADMINISTRACIÓN CONDE ARANDA, 9	
	INSERCIÓN			
	Anuncios a precios convencionales			

La última hoja de mi almanaque

Al M. I. S. D. Joaquín de la Madrid y de Arespacechaga, en testimonio de filial cariño

Pensando qué escribiría hoy para mi decenal crónica de «Vida Aguiléña», he dejado vagar mi vista sobre todos los objetos que me rodean.

De pronto mi inquieta mirada se ha detenido sobre el calendario que pende, en la pared, frente a mi despacho.

No recuerdo donde, pero sé que he leído que el calendario huele a muerto.

Cuando lo leí, o lo oí decir, me pareció una de tantas frases, que con el ropón de la más abstracta filosofía, encierran solamente una pueril necesidad.

Y ¿por qué el calendario ha de oler a muerto?... ¿Por qué?!...

Esta mañana, al levantarme, arranqué su última hoja: es el último día del año.

Como los árboles de los jardines, el calendario ha perdido sus hojas, una a una, y hoy no queda del libro del año más que un cromo sucio y la descarnada y triste huella de donde estuvieron las trescientas sesenta y seis hojas.

Una a una han ido desapareciendo, ésta con una copla, aquélla con un pensamiento; con una vanalidad la de ayer, con una triste enseñanza la de hoy.

Como una a una fueron derrocándose las torres de ilusión que forjara mi mente en otro tiempo; como una a una fueron desvaneciéndose todas las locas ambiciones, que nacieran en mi corazón, cabalgando sobre el amable clavileño de la quimera o sobre el rebelde corcel de la esperanza.

El calendario es algo así como un cronómetro de precisión admirable, que tiene cuerda para todo el año, y en ese reloj, como en todos, hay horas tristes, horas de amargura mortal, que destrozan nuestra alma y desvanecen todos nuestros sueños de ventura, y horas tam-

bién de dulce soñar, de placer y de poesía, de encanto y de ilusión.

Pero, en el pringoso y descarnado cromo del calendario de mi despacho, he visto ya arrancada su última hoja: en ese misterioso reloj de la vida del año he oído sonar la última hora y.... ¡eso sí que huele a muerto!!...

Tiene ese descarnado cromo, que ahora es objeto de mi crónica, un cínico y grosero gesto de desdén, una nota de muerte vulgar, desprovista de toda poesía, agena a toda grandeza.

Durante el año que acaba, pasó sembrando esperanzas, prometiendo venturas, mintiendo dichas, cantando amores: hoy aparece como una negra y fatídica sombra, en la luz; como una nube de plomizos celajes, en el cielo; como un suspiro de muerte, entre los incesantes alientos del vivir. Mi calendario muere con el año 1.916.

El nuevo año empieza un instante después que espira el viejo.

Mi sirviente ha depositado, sobre la mesa de la diaria labor, un taco nuevo, que colocaré sobre las ruinas del anterior almanaque.

Sobre la primera hoja está escrito: 1917.

Lleno de curiosidad, he abierto, por uno de sus lomos, el nuevo taco. Es el mismo libro del año anterior, con una nueva cubierta.

Allí están las efemérides de la vida del mundo; allí están todas las ilusiones, todas las glorias, todas bienandanzas, al lado de todas las miserias, todos los desengaños y todas las torturas de la vida del hombre.

El nuevo taco 1.917 salta, en un segundo, el profundo abismo entre el pasado y el futuro; el calendario vuelve a vivir, resucita para tornar a la vieja tarea de vivir trescientos sesenta y cinco días, sembrando esperanzas, prometiendo venturas, mintiendo dichas, cantando amores, para, al cabo de la jornada, aparecer, derrotado y sin hojas, sobre un prosaico cartón viejo, como una negra y fatídica sombra, en la luz; como una nube de plomizos celajes, en el cielo; como un suspiro de muerte, entre los incesantes alientos de la vida.

L.-José Oliveros Díaz

